

JULIO CORTÁZAR Y LOS GRISES AÑOS PAMPEANOS

Miguel HERRÁEZ
Universidad Cardenal Herrera

Los años pampeanos (los grises años pampeanos) de Julio Cortázar se circunscriben exactamente a un espacio específico (Bolívar y Chivilcoy) y a un tiempo también muy concreto, esto es, el correspondiente de 1937 a 1944, instante en que Cortázar ejerce como profesor en el interior de la Argentina y con el trasfondo de una sociedad tutelada, tras la presidencia de Yrigoyen, por los cuartelazos y los gobiernos militares. Esta aproximación a Cortázar pretende dar el trazo de unos años marcados especialmente por la soledad voluntaria y el aislamiento buscado. Pero hagamos un poco de prehistoria.

La familia Cortázar Descotte (el padre, Julio José; la madre, Herminia; y la hermana, Ofelia; más Julio Florencio) regresa a la Argentina recién concluida la Guerra del 14, tras vivir en Zurich y Barcelona, y se instala en el metasuburbio bonaerense de Bánfield, en la calle Rodríguez Peña 585, y lo hará hasta 1931, fecha en la que se trasladarán a Buenos Aires, a un departamento de la calle General Artigas, en Villa del Parque¹, y con un Cortázar ya de diecisiete años de edad. En Bánfield, en los límites de la zona portuaria y a 15 kilómetros de la capital, Julio y Ofelia, dos niños con marcado acento francés y a quienes les gustaba la música y la literatura, vivirán allí hasta su adolescencia. Allí, en esa casa, se fraguará todo un mundo de sensaciones recurrente en muchos de sus relatos y aquella será la casa que sorpresivamente abandonará cierto día su padre. Otra constante en la obra de este escritor: el tema del matriarcado.

Bánfield era un lugar con mucho de ese barrio de letra de tango que ha ido disolviéndose en la Argentina actual; intersección de peligros, de violencia latente a la vez que de encanto maldito y romántico de casas con jardines y calles sin asfaltar, dado que no tenía ese toque industrial, esa señal de lumpen-proletariado más propia del extrarradio urbano de las grandes ciudades. Un lugar muy bien diferenciado de Buenos Aires, la auténtica metrópoli; con otro ritmo, sin duda más relajado. Bánfield venía a ser ese paraíso en el que Julio se convertirá en su primer habitante, el Adán que conocerá bien las hormigas, «las hormigas negras que se van comiendo todo, hacen los hormigueros en la tierra, en los zócalos, o en ese pedazo misterioso donde una casa se hunde en el suelo»². El reino de Artús que se extiende sin límites por el propio

1 En El Oeste: Villa Luro, Villa Real, Floresta Flores, Villa Versailles, Villa Devoto... Es una zona propia de la clase media. Se encuentra acotada por el cordón de la Avenida General Paz, límite del distrito federal.

2 «Los venenos».

jardín asilvestrado de la casa que da sobre otros jardines de ligustros y durazneros. Toda una invitación a la aventura diaria.

Dibujo este anclaje biográfico, en parte extraído de mi libro sobre Cortázar³, porque este primer Julio Cortázar tendrá mucho que ver con el inmediato recién egresado de la Escuela de Magisterio Mariano Acosta y que arribará a ejercer de profesor, primero, en el Colegio San Carlos de Bolívar; y, después, en la Escuela Normal de Chivilcoy, y que es el Cortázar tratado en esta ponencia. La soledad, el individualismo, el lector voraz, la gentileza, la coherencia ideológica, el amante del boxeo y el melómano jazzístico, el intelectual, cierta exquisitez antipopulista, son ítems ya embrionados en este período y que se mantendrán (algunos de ellos por siempre, otros —la exquisitez antipopulista— desaparecerán en el futuro) hasta su salida de Chivilcoy a Mendoza, en 1944.

Anuncio esto porque en general se tiende a establecer un cómodo ecuador en la vida de Cortázar, divisoria marcada por el decenio de los años sesenta (con el correlato del cuento «El perseguidor»), período coincidente con su implicación con la causa revolucionaria de Cuba y su posterior participación activa en contra de los regímenes autoritarios en el Cono Sur. Se simplifica ofreciendo un primer Cortázar elitista, ajeno a su realidad social e histórica; y un segundo Cortázar directamente involucrado con la existencia en su sentido más convulso. El primero se correspondería con su estadía en los años pampeanos del interior del país (señalando además el corto plazo en Mendoza, como profesor en la Universidad Nacional de Cuyo, y su regreso a Buenos Aires, donde ocupará el cargo de gerente de la Cámara Argentina del Libro); el segundo abarcaría su permanencia en París, pero especialmente a partir de la publicación de *Las armas secretas*, en 1959.

En este sentido hay que subrayar que este planteamiento no es del todo cierto. O digamos que lo es en la medida en que aceptamos, por ejemplo, que Cortázar siempre fue, como muy bien lo definió su íntimo amigo, el escritor Saúl Yurkievich, un «suave lobo estepario». Alguien que conscientemente participaba en los debates del Tribunal Bertrand Russell al tiempo que un yo suyo interior le invitaba a dejar la reunión e irse a pasear por las bouquinistes del Sena o por el Canal de Saint-Martin, lugares suyos de preferencia. O sea, que en él hay un cambio de comportamiento social, de aceptación de reglas sociales provocada por razones de índole política o humanitaria, pero, en el fondo, siempre tuvo mucho de aquel adolescente que recorría los pasajes bonaerenses (el Güemes) o ese adulto que hará otro tanto con los pasajes parisinos (el Vivianne). Felizmente solo.

El eje de lo indicado nos hunde en el Cortázar de veintirés o veinticuatro años recién llegado a Bolívar e instalado en el Hotel La Vizcaina (sin tilde, aunque Cortázar se la añade en sus cartas); un pueblo que le hará exclamar al escritor «los microbios, dentro de los tubos de ensayo, deben tener mayor número de inquietudes que los habitantes de Bolívar»⁴.

Hagamos abstracción y situémonos en ese medio rural a esas alturas del siglo: la automatización diaria sólo rota por algún pequeño suceso, como puede ser, en el colmo de los grandes acontecimientos bolivarienses, la cena de despedida de soltero de algún profesor; alguna celebración local o las noticias llegadas del conflicto europeo y que Cortázar seguía en la radio de su habitación. Prepararse las clases, corregir trabajos frente a la ventana que daba a la plaza de viejos árboles, soñar con viajar a México, levantarse a las seis y media, y leer. Esa será su actividad rutinaria. Nos lo recuerda el propio Cortázar: [En Bolívar] «La manera de divertirse es inefable. Consta de dos partes: A) ir al cine, B) No ir al cine. La sección B) se

3 *Julio Cortázar*, Miguel Herráez, Inst. Alfons el Magnànim, Valencia, 2001.

4 Carta a Eduardo A. Castagnino, fechada el 23 de mayo de 1937. A. Bernárdez. Alfaguara, Argentina, 2000.

subdivide a su vez: A) Ir a bailar al Club Social, B) Recorrer los ranchos de las cercanías, con fines etnográficos⁵. En este filo, indiquemos que estos años bolivarienses constituyen un ciclo de inactividad social, no obstante supongan una fase de gran formación lectiva, en especial de género poético —y omnímoda, dicho sea de paso—, la cual desembocará en su primer libro, *Presencia*, firmado con el seudónimo de Julio Denis: Kant, Mallarmé, García Lorca, Gide, Proust, Freud, Chesterton, Rimbaud, Eliot, Hölderlin, Flaubert. Goethe, Neruda, Pound, Darío, Valéry, Homero, Rilke y un muy largo etcétera, al que uniríamos el seguimiento musical tan querido por Cortázar de Bessie Smith, Billie Holliday, Ethel Waters, Duke Ellington o Louis Armstrong, recurso evasivo como lo era la lectura. De cualquier manera, destaquemos la excepción a su aislamiento determinada por su relación con Lucienne Duprat, con su hija Marcelle y con Mecha Arias.

Hagamos un paréntesis explicativo. La historia de la relación de Cortázar con las Duprat es la siguiente. Cortázar quería estudiar inglés, por lo que le propuso a Mecha Arias, colega suya (explicaba inglés) en el colegio, que le diera clases. El problema era que, en la pensión en la que se hospedaba Arias, no aceptaban la entrada de hombres, por muy profesor de Geografía y de Instrucción Cívica que uno fuese, de ahí que tuvieron que buscar otro lugar. Marcelle, compañera de Julio y de Mecha, consultó con su madre, Lucciene —pintora que había sido discípula del grabador Eduardo Sivori— si podían reunirse los jueves con tal objetivo y ésta aceptó. Así se inició, nos lo recuerda Marcelle en un libro coordinado por el recientemente fallecido escritor Nicolás Cócaro, «Los jueves de Cortázar». Mecha Arias, por quien Cortázar sentía una platónica atracción (y es muy posible que fuese también a la inversa), le enseñaba inglés y después se abría una tertulia entre todos (a veces acudían el doctor Gagliardi y el doctor Vignau, o los conocidos Portela o Cholo Cabrera) en la que se debatía de pintura y literatura, entre té y mate. Se hablaba de poesía y de metafísica.

¿Y en Chivilcoy? A ésta, pues ya era ciudad, que no pueblo, Cortázar llegó en el otoño de 1939 y permanecerá por cinco años. Dieciséis horas semanales de clase (Historia, Geografía e Instrucción Pública), con un sueldo de 640 pesos. De nuevo podemos preguntarnos, ¿cuál es la auténtica situación de Cortázar en Chivilcoy o Vilchicó, como a veces lo llamaba él? ¿Son años anodinos? ¿Se implicó en sucesos culturales locales o permaneció al margen, como hizo en Bolívar?

Empecemos desde unas palabras de Cortázar a su amigo Luis Galiardi apenas a un mes de su instalación: [Chivilcoy] «es una ciudad orgullosa de sí misma, que no advierte sus graves defectos y se complace en perpetuarlos», además de contar «con un cuerpo de profesores que—salvo honrosísimas y muy raras excepciones— desarrollan sus actividades dentro de un marco de mediocridad tan desoladora como exasperante». Por la correspondencia de la época (muy copiosa y densa, pero reducida a pocos receptores: Eduardo Castagnino, Luis Gagliardi, Mecha Arias, Lucciene Duprat, sobre todo) produce la impresión de que Cortázar añora inclusive Bolívar. ¿Hay que dar crédito a sus comentarios o son exageraciones? ¿Es la declaración de un *enfant terrible*?

De todo un poco. Cortázar se aísla en la pensión Varzilio en la que se hospeda, pero hay sobradas muestras de una intervención social en esa ciudad de veinte mil almas, tal como lo han recogido José María Grange, Nicolás Cócaro o Emilio Fernández Cicco. Desde participaciones como jurado en certámenes pictóricos hasta adaptador de obras teatrales ajenas (*El puñal de los troveros*, de Roldán), guionista de cine (*La sombra del pasado*, de Ignacio Hankel), recalando en conferenciante y antólogo de cuentos fantásticos de la Peña Literaria de la Agrupación

5 Carta a Eduardo A. Castagnino, fechada en 1939. A. Bernárdez. Alfaguara, Argentina, 2000.

Artística. Sin olvidar que, a petición de la profesora de música Elcira Ortiz de Martella, escribió un poema para la *Canción de cuna* de Brahms, versos que, durante años, fueron interpretados por el coro de la Escuela Normal. No olvidemos, de otro lado, que en este Cortázar está empezando a cristalizar el autor que descubriremos en el inmediato *Bestiario*, prueba de ello es la publicación del cuento «Llama el teléfono, Delia», anticipo precario, pero anticipo al fin y al cabo, del posterior Cortázar.

Esto es lo reseñable o lo que quiero destacar. Los años pampeanos de Cortázar fueron años de sólido crecimiento intelectual. De desconexión social, pero de gran formación libresca. Tengamos en cuenta que, por entonces, nuestro escritor llega a decir (y lo dice sin amargura) que su vida ya ha sido culminada. La correspondencia con los amigos, la lectura, la música, sus clases, dan lugar a un techo vital asumido. Este Julio Cortázar, que tiene unos veinticinco años, ignora lo que la existencia le va a deparar tras su primer viaje a Francia y su posterior y definitiva ubicación en el París de los años cincuenta. Este Cortázar aún ignora, si bien intuye, que está a punto de imponer una nueva mirada sobre el mundo, sobre la vida, a través de un discurso literario de cambio: el suyo. Años pampeanos, en efecto; años grises, también; pero no años estériles.